

el loco, de acuerdo con las ideas modernas, me responderán que el acto de comprender es más lógico, más natural y más noble para el hombre; pero yo les argüiré que esta manera de pensar, carácter del racionalismo de nuestros tiempos, es completamente errónea, ya que el acto de creer, por más que en cierto modo nos humille, es más propio de la inteligencia humana á la que ennoblece y dignifica, por otra parte, si la autoridad que le habla es indiscutible.

9. ¿Que no? En párrafos anteriores, al hablar de que en todas partes existen misterios y que todas las ciencias los poseen, pudimos entrever la demostración que anhelamos; mas ahora precisa robustecer aquellas ideas solidísimas con nuevos argumentos. Estamos acostumbrados á oír que el hombre sabe poco, que cuanto sabe lo conoce á medias, pues ignora el fondo de muchas cosas, y que cuando piensa haber tocado los confines de una ciencia se le presentan nuevos é interminables horizontes ante los cuales es miope la vista de mayor alcance. ¿Es cierto esto? ¡Ah! ¿Por qué no hemos de confesar que casi lo ignoramos todo, pues en todas partes hallamos enigmas indescifrables? ¿Por qué no hemos de confesar que el hombre de estudio, sabiendo mucho, piensa que aun le falta saber más, mucho más que cuando empezó sus estudios? ¿Por qué no hemos de confesar, en una palabra, que encerramos una inteligencia que para conocer alguna cosa necesita atenerse á lo que otros han dicho, examinado y descubierto de antemano? Ciertamente; no sólo es más propio del hombre creer, antes bien; todos los conocimientos humanos parten de un acto de fe.

Repasad, en efecto, una á una todas las ciencias, todas las artes y todas las industrias y os convenceréis de esta verdad. ¿Os referís á las ciencias exactas? pues si no creéis en el número y en las cuatro fundamentales operaciones de la aritmética; en el cálculo y en la notación algebraicos; en la línea, en el plano y en los difíciles teoremas de la geometría, no podréis dar un paso en la resolución de los problemas de estas hondas ciencias. ¿Os referís á las ciencias físicas? pues si no dáis entero crédito á las leyes in-

discutibles propuestas por sus cultivadores, á las diversas hipótesis sobre los agentes, á la indefectibilidad de los aparatos de experiencia y á las combinaciones de los cuerpos, no entenderéis una palabra de cuanto os preconizan la física y la química. ¿Os referís á la medicina? pues si no creéis á Hipócrates, á Galeno y á sus admiradores, podréis ya quemar los libros de patología y reiros de sus pronósticos y diagnósticos; de poco ó nada os servirán los medicamentos si no dáis fe ciega á la autoridad médica. ¿Os referís á la historia? precisamente la historia está cimentada absolutamente en la fe: creemos que Alejandro, y Aníbal y Constantino existieron; que existieron asimismo los babilonios, los persas y los cartagineses, porque la historia nos lo cuenta; si negamos ó ponemos en duda la autoridad de la historia el edificio inmenso de la erudición humana se derrumba por su base; la historia se apoya en la fe. ¿Quién sino ella ha dado con justicia entero crédito á los que le contaron los sucesos pasados? ¿Os referís á la geografía y al estudio de la naturaleza? Creemos que Pekín existe; que hay un polo norte, y que los pueblos de gigantes y enanos son una realidad; y por más que nada de todo esto hemos visto, empero le damos entero crédito porque nos lo aseguran los geógrafos. ¿Os referís al arte? Hay quien pinta un cuadro sin saber dibujar una circunferencia; hay quien canta y pulsa el teclado con alguna corrección sin conocer la teoría del arte; y no obstante hay que creer á los respectivos artistas que enseñan no ser posible ejecutar un buen cuadro y una buena pieza sin estar amaestrado en la teoría. Pero hay más; todos los días recibís el periódico, redactado por manos que no conocéis, pero que entienden de inexactitudes; y sin embargo, creéis cuanto os señalan esas interminables columnas de la prensa diaria. Ved, por lo tanto, como apenas hay un conocimiento humano que no tenga por punto de partida un verdadero acto de fe.

10. Ahora bien; y éste es mi argumento: si no podéis negar que asentís á cuanto os preconizan la ciencia y el arte, por más que no los hayáis sujetado á ligero examen, ni en-



tendáis sus profundos arcanos, y esto os parece razonable, lógico y sabio, ¿por qué no ha de ser sabio, lógico y razonable asentir á los misterios que nos propone nuestra Madre la Iglesia, sin examinarlos ni comprenderlos? Si creéis á la palabra del físico, del historiador y del geógrafo; ¿por qué no habéis de creer á la palabra de la Iglesia, maestra de geógrafos, de historiadores y de físicos? Si no os ruborizáis de dar fe al periodismo que os puede engañar, y que de hecho os engaña demasiadas veces, ¿por qué os ruborizáis de darla al Catolicismo que reconoce por Maestro una autoridad competente é indiscutible? Si creéis y admiráis los misterios de la naturaleza, ¿por qué no habéis de admirar y creer los de la gracia? Vosotros creéis, sin entenderlo, que el pan y el vino, ingeridos en el organismo, se convierten en substancia del cuerpo y de la sangre; y ¿no queréis creer que el pan y el vino, consagrados, se convierten respectivamente en el Cuerpo y en la Sangre de Jesucristo? Vosotros creéis, sin entenderlo, que aquel pan y vino materiales os alimentan y robustecen y satisfacen; y ¿no queréis creer que el pan y el vino de la Eucaristía alimentan y robustecen y satisfacen el humano espíritu? Vosotros creéis, porque os halláis á larga distancia, que una torre es redonda cuando en realidad es cuadrada, y aseguráis ver á un individuo, siendo cierto que es un árbol; y ¿no queréis creer, hallándoos á larga distancia del Infinito, que en la Hostia consagrada está realmente el Cuerpo de Jesucristo por más que parezca pan, y que en el cáliz consagrado está su verdadera Sangre por más que parezca vino? Allí os ilusionaron los sentidos; aquí también padecen engaño. Vosotros creéis sin acabar de comprenderlo que la palabra humana se propaga por el sonido y que llega toda entera á un mismo tiempo á millares de oídos, á tantos cuantos presentes estén á escucharla; y ¿no queréis creer que Jesucristo, el Verbo del Padre, la Palabra Increada, se multiplica en la Eucaristía, estando todo entero á un mismo tiempo en millares de especies eucarísticas, tantas cuantas presentes estén en el momento de la consagración? Vosotros creéis, porque

lo concebís así, que el pensamiento humano se traduce por medio de la palabra, y que una vez proferida ésta, no hay medio alguno de contenerla, dividirla ó aniquilarla; ¿y no queréis creer, y no podéis concebir que Jesucristo se halla en la Eucaristía á modo de espíritu que no puede ser detenido, dividido ni aniquilado? Vosotros creéis, admiráis y celebráis las sorprendentes creaciones naturales del Dios verdadero; y ¿no queréis creer, admirar ni celebrar otras creaciones, mucho más sublimes, producidas por el mismo Ser! ¿Dónde está la lógica? ¿Dónde el sentido común? La sociedad actual se precia de sabia y civilizada; mas, ¿podrá sostener tan flamantes calificativos sin caer en tremendas inconsecuencias? ¿Por qué negará á Dios sus obras más hermosas, cuando no tiene inconveniente de reconocer las menos lindas? ¿Ó es que no cree en ninguna clase de misterios, para hacer resaltar mejor su infatuidad y demencia?

¶. Pero hay todavía más. El conocimiento de los misterios de la gracia no está expuesto al error como lo está el conocimiento de los misterios de la naturaleza. ¿Cómo es eso? Aparte la razón primordial de la autoridad divina, debemos tener presente, que tanto el pasado como el presente conspiran á apoyar en todas sus partes los Misterios del Catolicismo, mientras que no han hecho otro tanto con los misterios de la ciencia y del arte. ¿Por qué? Muy sencillamente; porque en aquéllos han visto ó leído siempre la verdad clara y manifiesta, mientras que en éstos se ve titubear repetidas veces á la ciencia y al arte, pues lo que ayer afirmaron niegan al siguiente día y quizá reformarán mañana. ¿No es esto cierto? Antiguamente se nos decía en tonos magistrales que el alma se unía al feto, pasados muchos días después de la concepción; hoy se nos asegura, poco menos que dogmáticamente, que se une en el mismo instante de la concepción. ¿Quién lo sabe con certeza? Ayer no se creía en la posibilidad de la monomanía homicida, suicida é incendiaria, sin delirio, esto es: sin locura; pero hoy casi todos, por no decir todos los médicos legistas la admiten. ¿Qué habrá de realidad? Los galenos de ayer prescribían



como semiuniversal remedio la sangría; y los galenos de hoy, atribuyendo gran desacuerdo á sus antepasados, la proscriben casi por completo. ¿Quiénes acertarán? Antes del siglo XVI se creía por todos que la tierra se hallaba fija en el centro del universo, y que en derredor suyo giraban el sol, la luna y las estrellas. Copérnico, empero, hizo ver que el sol ocupa el centro del sistema planetario, y que en derredor suyo giran los demás planetas. Generalizado este sistema, se han sucedido otros reformándole. ¿Sabemos si mañana preconizará la ciencia en este sentido alguna otra reforma? La historia, ¿no trae bastantes asuntos de general interés, acerca de los cuales, historiadores de diversos tiempos están en completo desacuerdo? La física, la química, la botánica, la astronomía y, sobre todo, la geología, ¿han proferido ya su última palabra? Teorías que se contradicen; aparatos de observación que mañana dejarán de tener valor alguno; críticas opuestas entre sí: todo este cuadro nos presenta la ciencia para hacernos ver en último término que tanto el pasado como el presente están desacordes en la explicación de sus grandes arcanos, lo cual nos prueba elocuentemente que se hallan expuestos al error.

No experimentan la propia desgracia los Misterios del Catolicismo por la misma razón. Aun antes de que apareciera aquél, el mundo sensato persuadido estaba, como lo estamos nosotros, de las verdades fundamentales de la Religión; y una vez que el Cristo, Salvador del mundo, hubo diseminado por sí y por sus apóstoles la celestial Palabra, sus Misterios arraigaron en todas partes y en todas las épocas. ¿Tenemos ahora quizá otro Credo distinto del que predicaban los apóstoles? ¿Es la santa Misa de hoy una Obra diversa de la Misa que celebró N. S. Jesucristo? ¿Se distribuye otro Sangüis diferente del que propinó el Salvador á sus discípulos? Asambleas y disputas pudo haber acerca de varios Misterios de la Religión Católica, pero al fin una misma fe imperó siempre. También es evidente que hubo herejes que se levantaron para dar temible asalto á nuestros Misterios; mas una cosa buena practicaron seme-

jantes desdichados, y fué acrisolar la fe en los creyentes y estimularlos al perfecto obrar. Aquéllos pasaron por el mundo legando rencores y crímenes; la fe pasó también sembrando la fraternidad y el heroísmo; nada, ni aun casi la memoria, quedó de los herejes; la fe subsiste aún y subsistirá siempre: es que las puertas del averno no prevalecerán contra ella. Y así como la ciencia y el arte se encuentran acerca de sus arcanos en completo desacuerdo, ese mismo arte y esa misma ciencia han prodigado en todas las épocas y lugares al Dios de la Hostia santa sus tesoros, sus encomios, su aprobación incondicional. Hasta hoy en que, para que despierten los que duermen, gran parte de la ciencia y del arte parece como que han declarado guerra pública al Dios de los altares, lo mejor que se ha escrito y se ha compuesto y se ha perfeccionado en todos tiempos ha sido en orden y para apoyo y alabanza de Jesús Sacramentado, y, con nuestro Señor Sacramentado, para alabanza y apoyo de los demás misterios del Catolicismo. Luego es evidente que si el pasado y el presente conspiran unánimemente á sostener en todas sus partes nuestros misterios, lo cual no ejecutan con los de la naturaleza, es porque aquéllos no están expuestos como éstos al error.

Ahora bien: creéis y celebráis los arcanos de la ciencia que corren riesgo de padecer ilusión y error, y ¿no queréis creer y celebrar los arcanos de la Religión Católica que no sufren semejante desdicha? ¡Que locura!

**12.** Los que para creer en nuestro Misterio eucarístico y, por lo tanto, en los demás misterios católicos pretextan que ciertamente creerían si nuestros dogmas fueran tan claros y accesibles que pudieran comprenderse; ¿han pensado alguna vez que precisamente los misterios son los que dan carácter divino á nuestra augusta Religión y que, faltando ellos, pudiera en verdad decirse que la Religión que los enseña es una obra humana? Por cierto que nuestros misterios por ser tan elevados y sublimes y en armonía con la razón sana, no son, no pueden ser obra de hombres, cuya inteligencia jamás pudo inventarlos, sino obra de Aquél que posee una



inteligencia infinitamente superior á la de éstos. Las creencias de las sectas son claras, fáciles, adecuadas á una vulgar comprensión; y las que no lo son, ó se hallan rodeadas de una obscuridad que espanta y aleja de sí, ó son tan bajas y rastreras que mueven á la hilaridad y al desprecio. Esto prueba que las creencias expresadas son obras de hombres, pues caben sin esfuerzo en la inteligencia humana. Al experimentar diversa suerte nuestros misterios, el cristiano instruído suele decir: si los arcanos que yo creo y adoro son obra hermosa del Infinito, luego son verdaderos; luego la Religión que los predica es verdadera; y como únicamente puedo agradar á Dios de una sola manera, la que á Él gusta: luego las demás pretendidas religiones con sus secretos y dogmas son falsas.

**13.** Ciertamente que los misterios del Catolicismo, y en especial el de la augusta Eucaristía, son inmensamente ventajosos, pues nos espolean á que merezcamos por ellos ante Dios, y á que, armados de su fe, merezcamos la eterna vida. ¡Ah! demos de paso que pudiera haber Catolicismo sin secretos, ¿dónde estaría entonces el mérito de la fe, dónde la verdadera y titánica lucha entre la razón desordenada, que impele á creer contra lo que adoramos en la Eucaristía, y la autoridad divina que humilla esa razón? El legítimo heroísmo del hombre está ahí: en querer, en poder y en saber sujetar su razón á Dios como sujeta sus pasiones á la razón; esto es digno y noble; lo demás es gran desacierto.

Como el hombre de estudios que, después de haber examinado los secretos de la naturaleza, advierte que su corazón es inundado por el sentimiento de grandeza que aprehende del Infinito, y á la vista de ella contempla las perfecciones divinas, se humilla, se postra de hinojos ante la Majestad excelsa y le rinde el homenaje de la adoración, así el cristiano instruído que ha reparado el Sacramento de la Eucaristía, siente que su cuerpo es empujado hacia el suelo, donde, puesto de rodillas y con los ojos arrasados en lágrimas, bendice al Excelso, mientras que su alma humillada, reconociendo la magnificencia de su Dios, le adora. Sin los

misterios de la gracia, el cristiano no se humillaría ante Dios, como el hombre no se postraría ante su Autor sin los misterios de la naturaleza; y esta fe que debemos tener para creer nuestros arcanos ha de ser ciega, firme y constante; pero también racional, instruída y sabia: ciega, porque se funda en Dios; firme, porque es verdadera; constante, porque de otro modo no aseguraríamos la salvación; racional, para darnos testimonio de nuestra fe; instruída, para dar razón de ella á los demás; y sabia, para defenderla contra sus adversarios.

**14.** Debo resumir antes de dar término á la presente oración, á fin de poder desbaratar las objeciones presentadas por la sociedad moderna contra nuestro asunto, y formular la conclusión que proceda. Habéis visto que existen misterios en la naturaleza, y que no repugna los haya fuera de ella. Que ciertamente se descubren en el orden sobrenatural, ya que debe haberlos por fuerza del raciocinio, y porque Dios lo exige. Que si es razonable creer en aquéllos porque se revelan por sí mismos, mucho más debe serlo creer en éstos: 1.º Porque el Excelso, que no puede equivocarse ni engañarnos, los ha revelado; en consecuencia no están expuestos al error como lo están los primeros. 2.º Porque también se revelan en alguna manera por sí propios. 3.º Porque el pasado y el presente se aunan para apoyarlos y defenderlos. 4.º Porque son necesarios. Según esto, cumple el creerlos y admirarlos, debiendo ser nuestra fe humilde á la par que racional.

Las investigaciones científicas, hechas con desapasionamiento, encuentran motivos fundadísimos para sostener el Misterio de los altares, y las que no gozan de aquel carácter tampoco encuentran sólidos argumentos para desacreditarle; el que está en contacto con el mundo de la ciencia persuadido está de una afirmación semejante. Luego contra el Sacramento de la Eucaristía nada puede oponer la incredulidad moderna. No es, no, nuestro Misterio, una invención que la razón desapruueba, puesto que, si es invención, es una invención divina ante la cual se humilla la razón sen-



sata; no es, no, un absurdo que la ciencia desvanece, pues ya hemos comprobado que, siendo una verdad altísima, está en perfecta armonía con la razón humana, y al que la misma ciencia, de pie, descubierta é inclinada, adora; no es, no, una locura que la crítica ha conseguido borrar del mundo civilizado; pues la crítica moderna, ofuscada por los bellos resplandores de la Hostia Inmaculada, y confundida en sus mismos principios, ha tenido que morder el polvo que ella misma había agitado para oponerse al paso del Sacramento; llegando á declarar la sana crítica, la crítica racional, que en todas las épocas del Cristianismo se ha venido creyendo una sola fe.

Si todo esto es así, la conclusión que procede es bien sencilla; á saber: que el hombre, sea el que fuere, si es que está dentro del común sentido, debe por fuerza del raciocinio creer, admirar y postrarse de hinojos ante el Sacramento de los altares, ya que *la fe de este adorable Sacramento es una fe eminentemente racional*. Si así es, ¿por qué motivo la sociedad moderna se esforzará en no creer, á la par que en los demás misterios, en éste que, siendo base de la Religión, la ha civilizado? ¿por qué razón le mirará con criminal indiferencia y le tratará con porfiado desprecio? ¿por qué causa se revolverá furiosa contra su bien óptimo que es Jesucristo Sacramentado? Aparte las causas más ó menos graves que han contribuído á formar una sociedad descreída é ingrata como la presente, hay hombres que se empeñan en ser incrédulos y en bajar al fondo del abismo, y lo consiguen. Nuestra moderna sociedad tiene un empeño semejante, por desgracia; va bajando, aunque mejor dicho: va rodando hacia el fondo del abismo. Los principales factores de esta revolución, que podíamos llamar satánica, no pecan por ignorancia; saben lo que hacen, porque no les faltan luces, avisos y castigos; sin embargo se empeñan en rodar hacia el averno y en arrastrar consigo á millares de incautos, que éstos, sí, pecan por ignorancia porque ignoran lo que practican.

¡Señor Sacramentado! Piedad para los unos y para los

otros. Éstos ignoran el daño que causan. Perdónalos, como para los mismos solicitasteis desde la Cruz el perdón. Aquellos se proponen acabar consigo y con sus hermanos. Que vuestra gracia se derrame con más abundancia en los corazones de estos infelices, pues más la necesitan; y, supuesto que sin vuestra ayuda no podemos creer en orden á nuestra salvación, derramadla á torrentes sobre nosotros á fin de que creamos por siempre en este Misterio dulcísimo de los altares.